

ÍNDICE

- I.- COVA DA LÚA
- II.- NÉBOAS DE MORTE
- III.- NOITE DE LENDA
- IV.- CASA DO POBO
- V.- A SILUETA DO MEDO
- VI.- MEDO DAS SOMBRAS
- VII.- SOÑOS DUNHA MEIGA
- VIII.- TRAS OS PASOS DA LENDA
- IV.- MOUCHOS E BRUXAS
- X.- PRESAXIOS Á ALBA

CAPÍTULO I

COVA DA LÚA

(CUEVA DE LA LUNA)

Otoño de 1575.

Cae la noche y el sol deja espacio al mundo de la oscuridad y las sombras. El valle acoge el silencio y sólo la brisa conversa en el bosque que, lleno de alimañas, salen de su letargo en busca de sustento diario. Quizás hoy regresen a su refugio, al alba, con el estómago vacío y habrán aprendido de sus errores.

La necesidad arrecia para todos, y nadie, ni hombres ni fieras escapan de ese sentimiento de necesidad y vacío. Mañana se agudizará el ingenio y la supervivencia se abrirá paso un día más.

Un otoño frío y húmedo, que trae hambre a los diferentes territorios de la Corona. Una época difícil de conflictos internacionales bélicos y religiosos. Frentes abiertos que ocupan la mayor parte del tiempo del Rey Felipe II.

La lluvia había cesado hacía un rato y las hojas de los castaños y robles deslizaban hacia el suelo gotas cristalinas, llevando en el tiempo, más allá del fin de las precipitaciones, un sonido constante que se volvía melódico para quien supiera escucharlo.

El bosque entero comienza a morir una temporada más y las pináceas se yerguen altaneras ante los quercus que, poco a poco, tiñen sus hojas de colores ocres y amarillos de muerte que les harán renacer en primavera [...]

CAPÍTULO II

NÉBOAS DE MORTE

(NIEBLAS DE MUERTE)

Finales de noviembre de 1584. Jueves.

-¿Se ha fijado, padre?

-No. ¿En qué había de haberme fijado?

-La madroñera, padre, está rota.

-Sí, es cierto, pero no entiendo qué me quieres decir con ello.

-Ya no hay madroños, y ningún animal tiene que subirse a ellas. ¡Mire, allí delante hay más!

-Es verdad, pero habrán sido los jabalíes, abundan por la zona.

-No, padre, están muy altas para un jabalí. No creo que hayan sido ellos, buscan comida en el suelo como usted sabe, y ahora son bellotas y castañas, no madroños -decía Andrés, hijo de Julián, vecino de Muiños y dueño de un pequeño rebaño de cabras que había dejado al cuidado de los dos pastores que andaban buscando.

Colgada sobre un barranco, la senda por la que caminaban, estrecha y serpenteante entre oscuras pizarras, había sido testigo durante años del trasiego de ganados y pastores sobre un valle que encajonaba el ruido de un cristalino río.

Andrés siempre se detenía en aquel saliente, una losa de piedra que, ahora llena de líquenes, quedaba a pocos metros desde donde Julián y su hijo venían. Él sabía de ese lugar porque era la atalaya desde donde observaban el vuelo de los buitres camino de los desfiladeros [...]

CAPÍTULO III

NOITE DE LENDA

(NOCHE DE LEYENDA)

Finales de agosto de 1998.

Hacía fresco en la sala, como decían las mujeres, y no todo el mundo parecía estar de acuerdo con esa temperatura; demasiado contraste con los treinta y siete grados del exterior de aquella mañana de agosto. Un agosto extenuante en todos los sentidos. Para otros, estaba demasiada alta y les impedía, como aseguraban, concertarse hasta en las más sencillas operaciones y cálculos.

A finales de mes, con las vacaciones acabándose para sus compañeros, David no paraba de pensar en su próxima salida a la sierra, de la que llevaban tiempo hablando entre los cuatro desde la primavera pasada. Una tradición de parejas que año tras año venían cumpliendo con sus amigos Ainoa y Vicente. Este año la dedicarían a perseguir leyendas que, a veces han caído en el olvido, o simplemente por resultar demasiado obvias, e incluso inverosímiles, nadie les hace caso y quedan relegadas exclusivamente a los fuegos de campamento donde, alrededor de una hoguera, los monitores veteranos asustan con sus historias las inocentes mentes de los recién iniciados en esas pernoctas, alejados del regazo paterno y la seguridad de las cuatro paredes de su cuarto infantil.

Abstraído por completo recordaba que cuando era niño, su monitor le había contado en su primera acampada, una historia de un pueblecito de montaña [...]

CAPÍTULO IV

CASA DO POBO

(CASA DEL PUEBLO)

Principios de febrero de 1999. Viernes.

-¡Para, para, el coche!

-¿Qué ocurre? -preguntaba David frenando suavemente.

-¡Para, por favor!

-¿Qué pasa, cariño? Aquí no podemos detenernos, estamos en mitad de una curva.

-Espera, que entro en ese camino -decía David.

-Es allí, en aquella pista donde quiero ir, me ha parecido ver... -decía Ainoa señalando hacia atrás.

-¿El qué? -preguntaba Rosa.

-No lo sé, he visto algo al lado de aquella casa abandonada, pero no estoy segura -decía Ainoa bajándose del coche mientras señalaba una vieja casa de piedra vista, a unos trescientos metros de donde ellos se encontraban.

-¿Pero qué es? -preguntaba Vicente intrigado, ya que el comportamiento de su novia no daba más pistas que verla mirando con tanto interés hacia donde decía.

-Ya que hemos bajado del coche vamos a echar un vistazo. Acerquémonos -decía Rosa girada hacia sus amigos.

-¡No, esperad! Ahora no está... -decía Ainoa que había comenzado a caminar.

-Pero entonces. ¿Qué has visto?

-Creí haber visto la silueta de alguien; vestía totalmente de blanco y llevaba algo en la mano [...]

CAPÍTULO V

A SILUETA DO MEDO

(LA SILUETA DEL MIEDO)

Viernes por la noche.

Un ligero olor a humo impregnaba el pequeño salón, de paredes blancas con claros síntomas de humedad en ellos, y pequeñas grietas que atestiguaban el paso del tiempo. No se trataba de una casa de las que antiguamente se construían en la zona, sino que había sido levantada al final del pueblo en los años treinta y había sufrido pequeñas remodelaciones a lo largo de los años, aún así, desde la marcha de Mercedes a la residencia de ancianos de Vigo, nadie se había preocupado de mantenerla en condiciones.

La chimenea murmuraba el sonido de las llamas sobre troncos de robles que se consumían ante la atenta mirada de Vicente y Ainoa quien, recostada sobre el pecho de él, contemplaba cómo las pequeñas brasas incandescentes reposaban junto a los ardientes troncos, esperando convertirse en cenizas.

Vicente se encontraba cómodo así, sintiendo la calidez de las llamas y el calor de su novia junto a él, bajo aquella manta verde pálido que cubría su cadera y sus piernas.

Sólo la luz de las llamas bastaba para crear ambiente, no hacía falta nada más para la pareja, que disfrutaba de su propio momento. Frente a ellos, en otro pequeño sofá, se encontraba David que se había quedado dormido escuchando música en su “discman”. No quisieron despertarle por entender que no era obstáculo para [...]

CAPÍTULO VI

SOÑOS DUNHA MEIGA

(SUEÑOS DE UNA MEIGA)

Sábado por la tarde.

La pequeña pista llegaba a su fin, desviando su trazado a una aldea, indicada con un cartel de madera clavada entre pequeños helechos de un intenso verde que jalonaban la cuneta, por encima del mullido musgo casi fosforescente, como era normal por aquellas estrechas carreteras.

Apenas había hueco para aparcar el vehículo en aquella curva que enfilaba el pueblo. La humedad era la norma que regía aquel paraje, que tal y como advirtió Vicente doscientos metros atrás, desde un pequeño mirador natural bajo tres inmensos pinos, era muy parecido a otro por el que sus pasos le habían conducido junto a Ainoa. Unos parajes de excepcional belleza, y que ahora, por la similitud del recorrido que hacía el río Lor entre aquellos agrestes valles, y en lo más profundo de él, le traía a la mente el Valle del Río Urubamba, en Perú, donde habían ido en busca de la cultura Inca.

Quizás había exagerado un poco, como él mismo confesó poco después, pero según conducían hacia Vilar, recordó aquel viaje en tren por paisajes verdes y frondosos, serpenteando paralelo al río Urubamba, tan cristalino como el Lor, espumoso y oxigenado que bordeaba aquellas paredes; revuelto y agitado entre las piedras del lecho.

La estrecha carretera por la que sólo cabía un coche, tenía las cunetas cubiertas de vegetación: brezos y lavandas, helechos y [...]

CAPÍTULO VII

MEDO DAS SOMBRAS

(MIEDO A LAS SOMBRAS)

Sábado por la noche.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, hacía frío y el cambio de temperatura hizo que se encogiera de hombros y subiera las escaleras con los brazos cruzados, tapándose con la chaqueta polar azul marino que llevaba puesta. El peculiar sonido de las escaleras crujiendo bajo su peso le hizo ralentizar su paso, sin saber por qué, igual que cuando volvía a casa de joven después de salir de fiesta un sábado por la noche con sus amigas, momentos en que debía subir a hurtadillas a la planta alta del duplex donde vivía con sus padres, para que no la descubrieran en sus andanzas.

Sus pasos eran lentos y subía despacio, llegando incluso a detenerse a mitad de camino. Su mirada ahora se perdía en dirección donde había dejado el calor del salón, con su luz y su seguridad. Era un piso solamente el que debía subir, pero al entornarse la puerta del salón, las escaleras quedaban a oscuras.

“¡Qué tontería estoy pensando!” -masculló Rosa mientras iniciaba la subida hacia su cuarto-. ¿Dejé la puerta abierta? -se preguntaba al verla entreabierta y con la luz encendida.

De nuevo se detuvo en la escalera y las tablas bajo ella dejaron de sonar. Algo la había parado, algo extraño y que no debería de pasar. Según subía, algo le había llamado la atención y su pulso se aceleró. Rosa notaba una sensación extraña mirando a través de [...]

CAPÍTULO VIII

TRAS OS PASOS DA LENDA

(TRAS LOS PASOS DE LA LEYENDA)

Domingo por la mañana.

El río Lor había cautivado a Vicente desde que lo vio por primera vez al llegar a Muiños. El sonido que envolvía el valle desde la profundidad por donde fluía, y la fuerza de su caudal, le conferían personalidad propia: encañonado, en constante movimiento y serpenteante. Precipitándose hacia el mar entre afilados desfiladeros de pizarra y bosques de ribera, que cubrían su camino de un techo de ramas desnudas, herederas de un tiempo de frondosidad, y que volvería a atraer la algarabía de los dormideros de aves en las noches estivales. Todo ello le hacía especial a los ojos de aquel chico de ciudad, que sentía especial atracción por la montaña.

Muchos años anduvo entre charcas y ríos cristalinos de alta montaña en busca de truchas. Eran mañanas tranquilas y sosegadas que pasaba junto a su padre Daniel, quien le enseñó el amor por la Naturaleza y sus increíbles habitantes. Todos y cada uno de ellos estaban ahí cumpliendo una labor, así que eran merecedores de todo el respeto del mundo. Sin embargo un día, su padre le cortó las alas, convirtiendo ese mismo afán por el respeto a la montaña en impedimento, cuando quiso volar por sí mismo al iniciar la adolescencia en compañía de sus amigos, y fue cuando los jabalíes heridos aparecieron en escena. Fieras sangrantes que matarían a él y a todos los asistentes en las noches de acampada, atravesando la [...]

CAPÍTULO IX

MOUCHOS E BRUXAS

(MOCHUELOS Y BRUJAS)

Domingo por la tarde.

Atrás, cerca de la primera casa del pueblo, cercano a un majestuoso castaño y de espaldas a la “Fonte do Milagro”, había quedado aparcado y resaltando en el entorno, el Seat Ibiza blanco que en este caso, Vicente había venido conduciendo esa mañana entre maravillosos paisajes de vertiginosas caídas hacia el río, a lo largo de la estrecha carretera de pequeñas e infinitas piedrecillas que golpeaban los bajos del vehículo durante todo el trayecto.

Tal y como les habían dicho en Vidallón, Froxán tenía un encanto especial, rodeado de bosques de castaños sobre un alto y con preciosas vistas a la sierra donde los fines de semana, en temporada de caza, se organizaban monterías de jabalíes, llenándose entonces la aldea de voces, ladridos, cazadores y vida.

Aquella mañana no era uno de esos días y el paseo ante sus inclinadas calles, regalaban a las parejas momentos inolvidables, en los que las prisas se habían quedado dormidas en el maletero del coche; atrás. Sus calles empinadas, que llevaban su caída hacia la profundidad del valle, mostraban casas de fachadas desnudas, de pizarra, de una arquitectura popular que habían observado en todos y cada uno de los pueblos que acompañaban sus pasos por las estrechas pistas de aquellas serranías: Vidallón, Valdomir, Vilar...[...]

CAPÍTULO X

PRESAXIOS Á ALBA

(ALBA DE PRESAGIOS)

Finales de noviembre de 1584. Lunes.

Apenas ha pasado la hora bruja y el bosque balancea sus ramas acunado por el silbido de la brisa y el suave mecer de las lavandas, en los límites de los pequeños claros. Las rapaces nocturnas adornan la noche con sus cánticos en busca de parejas que cortejar, y delatan su posición a los pequeños lirones que, en alerta, corretean en busca de bellotas y castañas que aún aguardan bajo el manto de hojarasca que tapiza la sierra.

Cerca de la Cueva del Cuervo, el cántico casi lastimero de un cárabo, anuncia su presencia en los alrededores a través de la espesura. Montañas atlánticas que atrapan la humedad y la hacen precipitarse alimentando regatos y arroyos que terminaran sus andanzas en el río, en el profundo valle, testigo de crecidas y sequías.

El ganado aguarda las luces del alba paciente en el redil. No hay nada que hacer hasta que los primeros rayos del astro anuncien un nuevo amanecer, y la rapaz asustada, busque refugio en la profunda oquedad de un viejo castaño. Una noche más, tan negra como sus ojos azabache, brillantes como la antracita, quedará atrás.

Él oteará por última vez el horizonte y verá despuntar el alba. Su momento ha llegado y deberá desaparecer en su nido, así como la noche, que se desvanecerá con los rayos del sol [...]